

BENEDETTI Y GALEANO: LA POLITICA EXTERIORDE CARTER, LOS DERECHOS HUMANOS Y AMERICA LATINA

(El artículo de Eduardo Galeano fue publicado el 9 de abril por la revista española "Triunfo"; el de Mario Benedetti fue escrito en junio para la agencia de noticias "Interpress Service").

NEGOCIOS LIBRES, GENTE PRESA

Eduardo Galeano

El Presidente firma, en el Uruguay, los Decretos que los militares redactan. Es obediente pero sincero. En octubre del año pasado, un diario de Montevideo le hizo un reportaje. Los militares clausuraron el diario. El anciano Presidente había declarado que el Partido Demócrata de los Estados Unidos era una cueva de comunistas. Ahora los militares opinan, a la vista de lo que Carter hace y dice, que el Presidente tenía razón. Al mismo tiempo, las dictaduras latinoamericanas impuestas gracias a la intervención norteamericana, formulan encendidas declaraciones contra la intervención norteamericana en sus asuntos internos.

El Congreso de los Estados Unidos, que ya había resuelto suspender la ayuda militar a Chile y Uruguay, reduce drásticamente los fondos para las fuerzas armadas argentinas y elabora un informe sobre los derechos humanos en Brasil para examinarlo durante la discusión de la asistencia a los militares de este país. Para que el informe no se discuta ni se divulgue, el Gobierno del Brasil se anticipa: rechaza los 50 millones de dólares destinados a comprar equipos de guerra.

El Departamento de Estado anuncia que Washington se propone "aislar a los regímenes represivos de América Latina". Carter nie-

ga la visa de entrada a los Estados Unidos al nuevo agregado militar de la Embajada del Uruguay y al coronel que iba a representar al país ante la Junta Interamericana de Defensa. Los motivos no son secretos. Se les cerró la puerta en las narices "por haber participado en sesiones de torturas". Poco después, el Gobierno uruguayo prohíbe la difusión del discurso del representante norteamericano en la OEA, durante una reunión del organismo panamericano en Montevideo. También prohíbe que se le hagan reportajes o se publiquen comentarios. Según el Gobierno uruguayo, el representante de los Estados Unidos, Robert White, había lanzado "un velado pero directo ataque al país". ¿Qué había dicho White? Palabras agresivas, palabras subversivas: "La cultura no puede enriquecer las vidas de nuestros ciudadanos a menos que el Estado ampare ciertos derechos: el derecho de reunión, la libertad de expresión, la protección contra arrestos arbitrarios y castigos".

Mientras tanto, se divulga oficialmente una cantidad de documentos que prueban la decisiva participación de los Estados Unidos en la fabricación de Pinochet, la caída de Goulart y otras tragedias de nunca acabar. Videla y Pinochet habían aprendido los trucos de la

represión y el arte de gobernar en los cursos del Pentágono en el canal de Panamá. Los militares que mandan en Uruguay, Brasil, Bolivia, y hoy son piedra de escándalo para los Estados Unidos, habrían sido también buenos alumnos. ¿Arrepentimiento público del Imperio más poderoso de la Historia? A Brady Tyson, jefe de la delegación norteamericana, se le fue la mano en Ginebra, cuando declaró, en la reunión de derechos humanos de las Naciones Unidas, que el arrepentimiento no servía para aliviar los sufrimientos del pueblo chileno en los últimos dos años.

El parálitico y la silla de ruedas

Pero, ¿de qué se trata? Ni Franklin Delano Roosevelt ni Kennedy, habían hablado este lenguaje. ¿Hasta dónde llegará el Presidente Carter en su campaña de "moralización" de la política externa norteamericana? ¿No más santas cruzadas, no más policías del mundo? ¿Al cambiar el Gobierno ha cambiado un sistema que funciona en escala mundial exportando violencia? ¿Es posible corregir con buenas intenciones el rumbo de la Historia?

Cuando se conocieron los nombres del equipo de Carter, los optimistas arrugaron la frente. Era tradición que los secretarios de Estado —Foster Dulles, Dean Rusk, George Harrar— se hubieran desempeñado antes como presidentes de la Rockefeller Foundation. Cyrus Vance no era presidente de la Rockefeller Foundation, pero era miembro del directorio. Había sido, además, uno de los responsables de la invasión a Vietnam, enviado por Johnson a Panamá en el 64, y en el 65 había supervisado personalmente la matanza de la República Dominicana.

Por lo demás, un reciente infor-

me del Center for International Policy, de Washington, reveló que el 70 por 100 de la ayuda externa de los Estados Unidos no pasa por el filtro del Congreso. Así, a pesar de las declaraciones y las resoluciones y las protestas, el régimen de Pinochet recibió durante el año pasado 290 millones de dólares de ayuda directa sin autorización del Congreso.

Es saludable que el Gobierno norteamericano muestre preocupación por la carnicería que está sufriendo la Argentina, pero desde el golpe de marzo del 76, la dictadura de Videla recibió 500 millones de dólares de Bancos privados norteamericanos y 415 millones de dos instituciones (Banco Mundial y BID), donde los Estados Unidos tienen decisiva influencia. Además, los derechos especiales de giro de la Argentina en el Fondo Monetario Internacional, que eran de 64 millones de dólares en 1975, han subido a 700 millones en la actualidad.

Saludable actitud la del Presidente Carter. En medio de tanto horror, nos ha dado una buena sorpresa. Pero este reconocimiento no implica absorber al sistema que Carter encabeza. Primero hicieron al parálitico; ahora ofrecen la silla de ruedas.

Ninguna riqueza es inocente

En octubre del año pasado, los obispos de Francia se reunieron en Lourdes y declararon: "Debemos comprender que la militarización de los regimenes de los países pobres es una de las consecuencias de la dominación económica y cultural ejercida por los países industrializados, en los que la vida se rige por el afán de ganancias y el poder del dinero".

En América Latina, las dictaduras no son el resultado de la maldad de nadie. ¿Impera el terror por-

que los que mandan tienen corazón de lata? La explicación ofende la inteligencia.

Al cabo de casi cinco siglos de saqueo, América Latina tiene motivos de sobra para saber que ninguna riqueza es inocente. En el mapa del mundo, las relaciones entre los países pobres y los países ricos reproducen las relaciones entre oprimidos y opresores dentro de cada país. No hay riqueza que no se explique por alguna pobreza, y viceversa —y, por lo tanto, no hay libertad que no resulte sospechosa—. ¿Ha sido acaso, muchas veces, en América Latina la libertad una mera prueba de impotencia? ¿No ha sido posible la libertad sólo en la medida en que no resultaba peligrosa para los dueños del poder? Libertad de aceptar la pobreza y la humillación como un destino: cada vez que se sienten amenazadas nuestras clases dominantes —dominantes hacia adentro, dominadas desde afuera—, convocan a los centuriones.

¿Países o campos de concentración? ¿Países o cámaras de torturas? ¿Orden de las cárceles, paz de los cementerios? Está prohibido hablar, escribir, reunirse, actuar, dudar. Está prohibido callarse: somos todos culpables mientras no probemos lo contrario —y aunque lo probemos, también—. Las dictaduras han deshecho los sindicatos (partidos, han clausurado diarios y revistas, han arrasado las Universidades, han prohibido libros y canciones. Los que discrepan están condenados a la cárcel, la fosa o el exilio. Torturas, secuestros, asesinatos y destierros son una costumbre cotidiana. Todo se hace en nombre de la "ideología de la seguridad nacional", pero, ¿un sistema amenazado es un país amenazado? Los dueños del poder identifican al sistema social y económico con el país, como si fueran sinónimos: que tenga capacidad de indignación contra la injusticia o

voluntad de cambio, será señalado por la propaganda como un traidor a la Patria.

El ciclo de profundas reformas del Gobierno chileno de Allende, la "primavera de Buenos Aires" en los días del Gobierno de Cárpora y la movilización revolucionaria de la juventud uruguaya fueron desafíos que un sistema impotente y en crisis no podía soportar. Hay siempre una relación entre la intensidad de la amenaza y la ferocidad de la respuesta. ¿Se puede entender lo que hoy ocurre en Brasil y en Bolivia sin tener en cuenta las medidas nacionalistas y populares de los Gobiernos de Goulart y Torres, derribados a sangre y fuego? En tiempos bravos los liberales se hacen conservadores y los conservadores, fascistas.

¿Libertad de empresa o libertades públicas?

Orlando Letelier escribió en "The Nation" que la economía no es neutral ni los técnicos tampoco. Dos semanas después, Letelier voló en pedazos en una calle de Washington.

El ex ministro de Allende tenía razón. Las teorías de Milton Friedman implican para él el Premio Nobel; para los chilenos, implican a Pinochet.

Libertad de inversiones, libertad de precios, libertad de cambios: cuanto más libres están los negocios en América Latina, más presa está la gente. Cuando visitó Chile el secretario del Tesoro de los Estados Unidos durante el Gobierno de Ford, William Simon felicitó a Pinochet por haber otorgado la "libertad económica" al pueblo de Chile. Sabemos en qué consiste esa libertad económica. En América Latina, Adam Smith necesita a Mussolini. ¿Libertad de competencia donde mandan los monopolios extranje-

ros? ¿Libertad de mercado? Ya es libre, en Chile, el precio de la leche. O sea: el precio de la leche aumentó en un 40 por 100 para los consumidores y bajó, para los productores, en una quinta parte. La paradoja es la lógica del sistema: dos empresas dominan, en Chile, el mercado de la leche. Mientras tanto, los niños se desmayan de hambre en las escuelas y la mortalidad infantil, que se había reducido bastante durante el Gobierno de la Unidad Popular, ha pegado un salto dramático según las cifras de las Naciones Unidas. Dos millones y medio de chilenos no reciben ningún ingreso y sobreviven de puro porfiados. Los salarios se han reducido a la mitad desde la trágica caída de Allende.

Conocemos la receta. No la inventaron los profesores de la Escuela de Chicago. Desde hace años la viene imponiendo, en América Latina, el Fondo Monetario Internacional. El FMI responde a Washington como el eco a la voz. ¿En qué consiste la receta? Se combate la inflación como un resultado de la "demanda excesiva" y no de la oferta insuficiente. "Demanda excesiva" en una región del mundo donde, según un reciente estudio de la Organización Internacional del Trabajo, hay 110 millones de personas viviendo en condiciones de "grave pobreza". De ellas, 70 millones reciben menos de siete dólares por año.

La importancia estructural del aparato productivo queda a salvo de toda sospecha. ¿Poca comida o demasiadas bocas? El sistema genera más violencia que mercancías. El campo explota a los hombres y las ciudades les niegan trabajo. En nuestras tierras ricas y vacías, sobran brazos, y las fábricas, filiales de las corporaciones multinacionales, ocupan poca mano de obra.

Un dios ciego que exige sangre

No sólo se niega empleo a las nuevas generaciones que se asoman al mercado de trabajo, sino que además se abate el salario de los trabajadores en actividad o se los arroja a las filas de los desocupados.

Para restringir el consumo y estimular las exportaciones, se hace preciso destruir al movimiento obrero. Alimento de los ricos, veneno de los pobres: el desarrollo hacia afuera no requiere un mercado interno en expansión. Requiere brazos baratos y un ejército de desempleados. Luz verde al capital extranjero. Los acreedores mandan; son ellos quienes manejan los cordones de la Bolsa. El Chase Manhattan Bank no figura en ninguna lista electoral; ninguno de los generales que detentan el poder se llama Citibank. Pero, ¿cuál es la mano que ejecuta y cuál la conciencia que ordena? Eso que los militares llaman "seguridad nacional", ¿no será la seguridad de las inversiones?

Las deudas se pagan con más deudas, espiral que no tiene fin, y quien presta, ordena. El "visto bueno" del Fondo Monetario Internacional implica crimen y pobreza, eso que los técnicos llaman "alto costo social": abatimiento del salario real, cesantías de funcionarios públicos, restricción del crédito, eliminación de los subsidios y supresión de todas las trabas que se oponen, a la faena del zorro en el gallinero: eso que los técnicos llaman "libre juego de la oferta y la demanda".

Se ponen al rojo vivo las contradicciones y las tensiones. En Chile los presos son arrojados a los perros o torturados en celdas subterráneas para que un trabajador pueda ganar en un mes el precio de un viaje en taxi desde Santiago al aeropuerto.

La Argentina se ha convertido en un matadero. Allí se celebran sacrificios humanos todos los días. El vespertino "La Razón" publica una sección titulada "Desapariciones". En 1976, el costo de la vida subió un 350 por 100. Los salarios, un 150 por 100. Se fusila sin proceso ni sentencia. Sesenta mil empleados públicos quedaron sin trabajo. Se anuncia que echarán a doscientos mil más. Hay setecientos mil desocupados. Se han prohibido las huelgas y las actividades políticas y sindicales, y las Universidades han regresado a la Edad Media; pero las grandes empresas multinacionales han recuperado la distribución de combustibles, los depósitos bancarios, la comercialización de la carne y los cereales. Se pondrá al petróleo bandera de remate. El nuevo código procesal permite trasladar a Tribunales extranjeros los pleitos entre las empresas y la nación. Nueva ley de inversiones extranjeras: ahora pueden llevarse lo que quieran. En la Argentina hay campos de concentración y hornos para quemar cadáveres. En los bosques y en los basurales se descubren cada día restos de hombres sin uñas o con los ojos vacíos. En las cámaras de tormento, los torturadores almuerzan y cenan ante sus víctimas. ¿A qué dios ciego se ofrece tanta sangre? ¿Puede imponerse la política económica de Videla al movimiento obrero mejor organizado de América Latina sin matar quince personas por día?

El Uruguay tiene la mayor pro-

porción de presos políticos del mundo. De cada treinta ciudadanos uno tiene la función de vigilar, perseguir o castigar a los demás. Quien cante ciertas estrofas del himno nacional en voz alta o arroje un volante o garabatee una pared, pasará en la cárcel, si sobrevive a la tortura, buena parte de su vida. Si no sobrevive, el certificado de defunción dirá que pretendió huir, dando un traspie y precipitándose al vacío, o que se ahorcó, o que ha fallecido víctima de un ataque de asma. No habrá autopsia. Al ministro de Economía le horrorizan las torturas, pero al mismo tiempo declara: "La desigualdad en la distribución de la renta es la que genera el ahorro". ¿Cómo salvar esa desigualdad si no es a golpes de piqueta eléctrica?

¿A quiénes desarrolla el desarrollo? En los años en que mejor resplandecían las estadísticas del "milagro" brasileño, modelo de los regímenes del Sur, la mortalidad infantil crecía, en vez de disminuir, en la ciudad más rica y desarrollada del país. Para comer un plato de porotos, un obrero de San Pablo debe trabajar hoy tres veces más que hace diez años. ¿Se puede concentrar la riqueza y difundir la pobreza impunemente?

Más allá de las buenas intenciones del Presidente Carter, la máquina tiene sus leyes. ¿Sirve una política de guante blanco para condonar a la mayoría a callarse la boca ante los platos vacíos? ■



ESOS BENDITOS DERECHOS HUMANOS

Mario Benedetti

Dentro del "nuevo estilo" que la Administración Carter intenta imprimir a la política exterior norteamericana, es evidente que el tema de los derechos humanos ha sido promovido a un descolante sitial. El propio Presidente ha declarado más de una vez que su gobierno bregará por la vigencia de los derechos humanos en cualquier lugar del mundo en que los mismos sean vulnerados.

Es evidente que con el retiro de ciertas ominosas ayudas y asistencias a algunas -no todas- de las dictaduras militares de América Latina, así como con su moderado disgusto frente a los gobiernos minoritarios y racistas del cono sur africano, el Departamento de Estado ha intentado mejorar en algo su magullada imagen de obligado sostenedor de todos y cada uno de los fascismos dependientes.

Y no hay dificultad en reconocer, además, que el hecho de que los Pinochet o los Ian Smith se vean hoy precisados a contar con sus propias -e interaliadas- fuerzas, es siempre más alentador que si estuvieran, como hace poco, estimuladas, sostenidas, armadas y avitualladas por los poderosos Estados Unidos.

Sin embargo, conviene no encandilarse con el "nuevo estilo". Es obvio que los medios más realistas y lúcidos del cinturón capitalista han admitido por fin el inexorable avance del socialismo a escala mundial.

Más aún: es posible que, a esta altura, incluso reconozcan que, con el tiempo, serán ideológicamente derrotados. Sus jugadas de hoy no apuestan pues al triunfo final, sino a la postergación de su derrota. Lo cual no es tan descabellado como pudiera creerse, ya que cada día de prórroga representa para el capitalismo unos cuantos millones de dólares.

Si hay un sector que, dentro del área capitalista, ha visto con claridad meridiana esta evolución de la lucha ideológica, ese sector es sin lugar a dudas la famosa Comisión Trilateral (creada con el objeto de establecer una mejor coordinación entre los centros capitalistas de los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón) y, en particular, su rama norteamericana, fundada en 1973 nada menos que por David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank e integrada hasta hace pocos meses por Carter, Mondale y Zbigniew Brzezinski, personaje este último que ha resultado figura decisiva en la planificación e instrumentación del "nuevo estilo".

A partir de semejante revisión de procedimientos, parece explicable que los "trilaterales" intenten apoderarse de algunas banderas de las varias izquierdas posibles. Por lo pronto, conviene recordar que hasta no hace mucho se nos proponía un capitalismo paradisiaco, enfrentado a un socialismo luciferino. Hoy ya no.

A lo que ahora aspira la propaganda capitalista es a convencernos de que el socialismo adolece aproximadamente de los mismos defectos que el capitalismo. En realidad, se dan por satisfechos si algunos desprevenidos sectores que se dicen progresistas acceden a hablar de los "dos imperialismos".

También se dan por bien recompensados si esos mismos militantes de la ingenuidad emparejan las horrendas violaciones de derechos humanos en países de ambos conos sureños (latinoamericano y

africano) con las presuntas transgresiones cometidas en ese mismo rubro por los países socialistas. O sea que aun los más optimistas aspiran a un empate. Pero además a un empate provisional, ya que son perfectamente conscientes de que la verdad acabará por imponerse y quedará en claro cuál es el único imperialismo hoy vigente y en qué territorios se violan sistemática y planificadamente los derechos del hombre.

Mientras tanto, en esta astuta campaña en pro de la gran postergación, se habla por ejemplo de moderadas -muy moderadas- reformas agrarias, del cese del bloqueo a Cuba, de un eventual retorno a la democracia representativa en Chile y Uruguay (aunque dejando fuera de la representatividad a marxistas y otros sectores que propugnan cambios de estructura), de participación de las mayorías negras en los gobiernos del sur africano (tratando por supuesto, de que los elegidos sean negros de alma blanca), de res titución de la libertad de prensa, del fin de las torturas, etc.

Es visible que Carter y los "trilaterales" se prepararon con ciencia y largamente para la actual etapa de confrontación ideológica. Quizá tan concienzuda y largamente como el hoy defenestrado Nixon y sus "halcones" se habían preparado, antes de Watergate, para la resurrección del fascismo.

De ahí que el tema de los derechos humanos, aunque muy seductor en primera instancia, tenga también sus bemoles. Y sus desequilibrios. Aquí también la aspiración "trilateral" es un empate. Un increíble igualamiento de culpas y responsabilidades.

Como ya señalamos, Carter anunció que atacaría y denunciaría las violaciones de derechos humanos dondequiera ocurriesen, y en tal sentido apuntó, casi por compromiso y sin demasiada insistencia, a las graves violaciones que ocurren a diario en Chile, Uruguay, Argentina y Nicaragua.

En el fondo, tales denuncias son poco menos que una cobertura, ya que evidentemente lo que interesaba e interesa al Departamento de Estado era atacar, en ese mismo tópico, a los países socialistas.

Es claro que lo ideal sería que en ninguna zona del mundo fueran violados los derechos esenciales del hombre, y no es a priori descartable que en algún país socialista -presos políticos existen bajo todos los regímenes- pueda ocurrir alguna transgresión a esos derechos.

No obstante, conviene señalar que si, por un lado, el régimen capitalista basa su supervivencia en su carácter injusto e inhumano, el sistema socialista, en cambio, es en esencia justo, respetuoso de la persona humana.

Es decir que la injusticia, en el socialismo, sólo puede aparecer como una transgresión a esa ideología, mientras que en el capitalismo constituye una de las claves de su desarrollo.

No obstante, si nos basamos en las informaciones que proporcionan las propias agencias capitalistas, y aun en la fundamentación de las denuncias contra los países socialistas, se podrá medir la desproporción entre los tremendos agravios al individuo y a la comunidad que se dan en Sudáfrica o bajo las dictaduras militares de América Latina y las presuntas "transgresiones" de los países socialistas.

En pleno auge de la espectacular promoción de Solzenitsin, ningún órgano de la prensa occidental destacó que ese laureado

escritor había escrito frases tan poco edificantes como éstas: "Lo peor que hay en la tierra es ser ruso"; "Sí, la victoria sobre el nazismo fue una desgracia"; "Son benditas no las victorias en las guerras sino las derrotas en ellas"; "Las victorias son necesarias a los gobiernos, las derrotas al pueblo".

Actualmente, la masiva campaña que se desarrolla contra la URSS, Cuba y otros países socialistas es igualmente tendenciosa y discriminatoria.

Falta todavía demostrar si muchas de esas denuncias se basan en hechos reales y actuales. Pero, aun si lo fueran, ¿en qué consistirían tales violaciones en los países socialistas? Pues en la prohibición de determinados libros, en la deportación de algún disidente y, en el peor de los casos, en la prisión.

Aun existiendo tales transgresiones, ¿cómo compararlas en gravedad a las violaciones de derechos humanos que se padecen en Chile, Uruguay, Argentina o Nicaragua? Si bien toda transgresión es lamentable, no se precisa ser un experto en derecho internacional para comprender que no es lo mismo el derecho a publicar un libro que el derecho a vivir.

Y ya que de intelectuales se habla (dicho sea de paso, ¿por qué sólo de ellos?), las dificultades que pueda encontrar en la Unión Soviética el Sr. Sakharov -quien después de todo hace a diario declaraciones a la prensa internacional, dirige cartas al Presidente Carter y arma el gran escándalo sin que nadie le haya tocado un pelo- no son equiparables con las dificultades que encuentran ciertos intelectuales en América Latina, digamos por ejemplo los secuestrados escritores argentinos Haroldo Conti y Rodolfo Walsh, o el novelista Antonio de Benedetto (gravemente enfermo, detenido desde hace varios meses), así como el dramaturgo Mauricio Rosencof y el matemático José Luis Massera, torturados y desquiciados en cárceles uruguayas.

Otro de los nombres que insistentemente se mencionan en los reclamos del mundo capitalista es el de Hubert Matos, preso político en Cuba. Pero ni las más agresivas denuncias mencionan que se le haya torturado. ¿Cómo equiparar ese caso con el de Bautista Van Schowen, literalmente destruido en las cárceles de Pinochet, o los del diputado Jaime Pérez y el líder tupamaro Raúl Sendic, supliciados con particular saña en el Uruguay? O sea que cualquier equiparación de este tipo es por lo menos injusta.

Pero algo más grave aún: las denuncias contra la Unión Soviética, Cuba y otros países socialistas ocupan, tanto en las declaraciones del Presidente Carter como en los comentarios de la prensa norteamericana, un espacio y un destaque considerablemente mayores que los tímidos reproches a los gobernantes de ambos consureños.

¿Será acaso que el Departamento de Estado pretende distraer la atención mundial con lo que sucede fuera de los Estados Unidos? Lo cierto es que esta vez la caridad no comenzó por casa. Y algún imprudente podría preguntarse si las constantes agresiones y discriminaciones que -bajo cualquier pretexto y bajo cualquier administración- padecen dentro de territorio norteamericano los chicanos, los "ricans" y sobre todo los negros, no serán también -antiguas y a la vez actuales- violaciones de los derechos humanos. Salvo que el Presidente Carter y sus "trilaterales" consideren que la monumental campaña debe atender exclusivamente a los derechos humanos del blanco. O quizá, para ser más preciso, del blanco anticomunista. Pero en ese caso convendría que lo aclarasen de una buena vez, así todos sabemos a qué atenernos.